

Omar Esquivel

Omar Esquivel dedicó su vida a su familia, a su fe, a su iglesia y a su Dios. Permaneció fiel a la oración y a la comunidad, a la educación y a la evangelización. Incluso en sus días más saludables, Omar devolvió los dones que Dios le había dado. Él era un grano de trigo como el que Jesús describe en el evangelio. Un grano de trigo es plantado, oculto en la tierra, y alejado de las alegrías ordinarias de la vida. Pero entonces, aislado, crece en algo maravilloso. Omar tomó los hermosos dones que Dios le dio al nacer, los plantó en el suelo del sacrificio, y ellos dieron fruto de forma sorprendente.

En esa parábola, por supuesto, Jesús se refería a sí mismo. Él profetizó. Él era ese grano de trigo - no solo en la forma en que incansablemente guiaba, enseñaba, inspiraba y sanaba a la gente. Él era ese grano de trigo de la forma en que murió. Retirado de la tierra, fue sembrado en el suelo. De su entierro surgió una nueva vida - no sólo para él, sino también para nosotros.

Hoy nos entristece que la vida de servicio de Omar haya llegado a su fin. Como se plantaba en la tierra del sacrificio durante su vida, ahora lo plantamos en la tierra junto con nuestras oraciones para que Cristo le resucite de entre los muertos.

Omar deja un vacío enorme en esta comunidad. Él fue un líder en su familia y en su iglesia. Extrañaremos su visión. Extrañaremos sus enseñanzas. Él nos formó a muchos de nosotros con su fe y ejemplo. Hemos sido testigos de su vida de sacrificio. Nos inspiró a sacrificarnos por él, especialmente al final de su enfermedad. Ahora pidamos para que Dios reciba a Omar como un sacrificio agradable.

Nuestra fe es fuerte, en parte porque Omar nos ayudó a que así fuera. Él querría que oyéramos el final del libro de Apocalipsis, el último libro de la Biblia. Allí leemos la visión de Juan de lo que Cristo ha hecho. “El primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar ya no existe. También vi a la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de junto a Dios.” Entonces Juan oyó la voz de Cristo diciendo: “Dios borraré de sus ojos toda lágrima, y no habrá más muerte ni llanto, ni pena, pues todo lo anterior ha pasado”. Cristo se llama a sí mismo el Alfa y la Omega, las dos letras que comienzan y terminan el alfabeto en griego. Son las letras que tallamos en el cirio pascual cada año, mostrando la promesa que hace Jesús. Él es el principio y el fin de todas las cosas, toda nuestra vida, todo nuestro servicio, y él dice que al llegar al final, “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”.

Omar nos dejó durante el Tiempo de Pascua, cuando nos alegramos por la resurrección de Cristo. Al sembrar este grano de trigo en la tierra, pidamos para que Dios resucite a Omar. Y oremos para que Dios nos haga nuevos. Al servir a otros, anunciemos esta buena noticia: los que mueren en Cristo vivirán con él para siempre.

MONDAY, MAY 1, 2017